

Persona y personaje en la novela de Malraux

POR

FERNANDO CARMONA FERNANDEZ

Nunca, como en nuestra época, Literatura y Filosofía se han sentido tan situadas en una tierra común. El filósofo y el literato se sienten en un lugar cercano; y al final de ese viaje por el pensamiento, que es la Filosofía, o ese viaje por la imaginación, que es la creación literaria, algún filósofo se ha encontrado poeta (1).

Los caminos que llevan a este encuentro suponen renunciaciones, mejor dicho "renuncia", porque ésta ha sido precisamente su nota característica, de manera que la novela moderna ha sido denominada como novela "ascética" (2). Empezó a "negarse" a sí misma, es decir, a purificar su elemento imaginativo (3).

Por su parte, la Filosofía también emprendió su camino de purificación, de renuncia a sus antañas ambiciones; el filósofo ha renunciado a la Metafísica y, humilde, se contenta con reflexionar sobre su realidad; descende

(1) "Je suis venu au roman par nécessité. Je n'ai pu l'éviter. Voici à peu près comment cela s'est passé: j'ai fait des études de philosophie et, pendant ce temps-là, j'ai écrit des quantités de poèmes". Butor, M., "Répertoire I", Paris, 1967, pg. 271.

(2) "Le roman contemporain se qualifie par ses renoncements: il se présente comme un exercice spirituel de purification. Il est ascétique". Dreyfus, D., "De l'ascétisme dans le roman". "Esprit", julio agosto, 1958, pág. 60.

(3) Para Dreyfus la novela moderna ha renunciado: 1.º a ser "pura obra de arte", 2.º al "deseo de evasión", 3.º a ser obra de placer o diversión, 4.º a ser reflejo del mundo contemporáneo, etc. v. o. c., págs. 60-63.

de los conceptos y las esencias, a las cosas y a la existencia. “Todo cambia —nos dice Merleau-Ponty— cuando una filosofía fenomenológica o existencial se ocupa, no de explicar el mundo o descubrir sus “condiciones de posibilidad, sino de formular una experiencia del mundo, un contacto con el mundo que precede todo pensamiento *sobre* el mundo” (4).

Si la filosofía es “una experiencia del mundo”, si considera al hombre en su individualidad, en su historia y en su circunstancia tendremos que concluir con el autor citado que “la tarea de la literatura y la de la filosofía no pueden ser separadas” (5).

Nuestra época es pródiga en el escritor como figura ambigua que tan pronto aparece como filósofo, como novelista o como autor dramático (6). Esta convergencia de papeles en el escritor plantea nuevas exigencias al crítico a la hora de elucidar la obra literaria. Si, por ejemplo, leemos la obra filosófica de Sartre, Camus, Malraux o Unamuno, coetánea a su obra literaria, nos encontraremos inmersos en la tramoya, entre los bastidores de un mundo de ideas y pensamientos que sustentan la escenificación de la obra narrativa.

Por supuesto que obra filosófica y obra literaria son realidades distintas, con entidad propia, pero ¿hasta qué punto no fluye o se remansa el relato novelesco de acuerdo con una concepción del tiempo, o surge el personaje según la idea de persona que tiene el escritor, o aparece el mundo imaginario partiendo de la visión de la realidad que tiene el autor? ¿Acaso las formas de expresión no reflejan el movimiento de una conciencia?

La narración literaria está más cerca de nuestra vida concreta y cotidiana de lo que suelen sugerirnos las clasificaciones escolares; la novela es una forma de relato y éste “es uno de los constitutivos esenciales de nuestra aprehensión de la realidad” (7). Nos ponemos en contacto con los demás por el relato, los hombres son lo que otros nos “cuentan” de ellos, lo que ellos nos “cuentan” de sí mismos, o el relato que nosotros nos construimos al observarlos directamente. Nuestra vida está construida, en gran manera, de relatos; así organizamos la realidad y la aprehendemos. El novelista lleva al campo de la ficción nuestra forma de referirnos a la realidad, ya que “contar” es una dimensión de “ser”.

Nuestro artículo no tiene por objeto abundar en estas reflexiones más o menos conocidas; sólo queremos reseñar en Malraux la importancia que tiene el conocimiento de su concepto de persona para aclarar y profundi-

(4) “Le Roman et la Métaphysique” en “Sens et non-sens”. París, 1966, página 48. (Subrayado del autor).

(5) Merleau-Ponty, o. c., pág. 49.

(6) Tenemos en la mente en especial a Malraux, Sartre, Simón de Beauvoir, Camus, Unamuno, y tantos otros que, al menos, no pueden dejar de reflexionar y teorizar sobre su propio arte.

(7) Butor, M., o. c., pág. 7.

zar en su personaje novelesco. Vamos, pues, a ejemplificar lo que acabamos de decir sobre la necesidad del crítico de acudir al pensamiento del autor para comprender su creación literaria, cuando encontramos, en él, esta doble faceta.

La concepción que tiene Malraux del hombre como persona se nos presenta en "La Tentation de l'Occident".

El punto de partida de "La Tentation de l'Occident" es la confrontación de dos formas de civilización: Europa y Asia. Para el oriental la vida va dirigida a una totalidad: "Nous Chinois, ne voulons concevoir notre vie que dans son ensemble" (8). El occidental, en cambio, sólo concibe la vida en su fragmentación: "Le (esprit) es fait de si singulière façon que, de la vie, vous ne concevez que des fragments" (9).

Nos encontramos con dos culturas antitéticas, la occidental que parte de la afirmación del individuo y la oriental de su negación: "Car la suprême beauté d'une civilisation affinée, c'est une attentive inculture du moi" (10).

Nuestro personaje oriental al encontrarse con Europa no tarda en descubrir la tragedia individual del hombre de occidente, y hay un pensamiento que obsesiona a aquél: "*Au centre de l'homme européen, dominant les grands mouvements de sa vie, est une absurdité essentielle*" (11).

La misma concepción de la persona, como individuo se debate en contradicciones. El hombre europeo cree que con su acción ha transformado el mundo, pero para Ling esto no deja de ser una ilusión de nuestro individualismo: "A peine comprenez-vous encore que pour être il ne soit pas nécessaire d'agir, et que le monde que vous transforme bien plus que vous ne le transformez..." (12).

La idea de "inconsciente" impuesta por el Psicoanálisis es la que ha llevado a cabo la disolución del individuo como unidad de conciencia: "En acceptant la notion d'inconscient, en lui portant un intérêt extrême, l'Europe s'est privée de ses meilleures armes. L'absurde, le bel absurde lié à nous comme le serpent à l'arbre du Bien et du Mal, n'est jamais tout à fait caché" (13).

La afirmación del "yo" en Occidente, iba unida a la afirmación de su "permanencia" (14). Ahora, la noción de "inconsciente" ha minado la idea del "yo" permanentemente consciente. El primer paso de esta disolución del individuo es el descubrimiento de una dualidad en el propio yo. Hasta

(8) Malraux, A., "La Tentation de l'Occident", París, 1964, págs. 44-50.

(9) o. c. 43.

(10) o. c., 111-112.

(11) o. c., 78. (Subrayado del autor).

(12) o. c., 46.

(13) o.c., 94.

(14) o. c., 101-102.

ahora en la concepción de la persona en Occidente existía una identificación entre “yo” y actos, entre “yo” y voluntad, entre personaje y acción. Así el alma de Europa que era “acción” (15), esfuerzo para “someter el mudo” (16), ofrenda de la vida al afán de “poder” (17), identidad de la voluntad con los actos (18), ha entrado en quiebra. Malraux descubre la dualidad entre el yo y los propios actos: “Si nous jugeons assez communément autrui sur ses seuls actes, nous ne le faisons pas de nous-mêmes”.

El personaje europeo de “La tentation de l’Occident” empieza a sentir este desdoblamiento como siendo uno mismo y “el Otro”: “Etre soi-même et l’autre; éprouver ses sensations propres et imaginer celles du partenaire. Du sadisme, du masochisme, jusqu’aux sentiments qui dépendent d’un spectacle, les hommes sont soumis à ce dédoublement, dernier visage des vieilles forces de fatalité” (19).

El espíritu europeo “se disgrega poco a poco”; los europeos se sienten “cansados de su individualismo que se desmorona, cansados de su exaltación” y buscan el sentido de sus actos: “ils voudraient chercher sous les actes des hommes une raison d’être plus profonde” (20). Y estalla un conflicto en el corazón del hombre occidental: “Conflit du penseur et de sa pensée, de l’Européen et de sa civilisation ou de sa réalité, conflit de notre conscience indifférenciée et de son expression dans le monde commun” (21). “Avec une détresse calme, nous prenons conscience de l’opposition de nos actions et de notre vie profonde” (22).

La disolución de la persona como voluntad y razón y la pérdida de su permanencia en el tiempo reduce la conciencia a una sucesión de sensaciones: “Avec quelque force que je veuille prendre conscience de moi-même, je me sens soumis à une série désordonnés de sensations sur lesquelles je n’ai point prise, et qui ne dépendent que de mon imagination et des réactions qu’elle appelle” (23).

“La idea del yo” es la máscara cristiana o helénica (24) con que nos defendemos de la solitud de las impresiones. Para Malraux, el hombre está frente a un dilema: la afirmación de su individualidad o la caída en la disolución de las sensaciones. Este será el camino a recorrer por los personajes de su novela; conforme se acentúa la disolución de la personalidad

(15) o. c., 28 y 39.

(16) o. c., 155.

(17) o. c., 46

(18) o. c., 94.

(19) o. c., 102. (Subrayado del autor).

(20) o. c., 139.

(21) o. c., 210.

(22) o. c., 214-215.

(23) o. c., 102.

(24) o. c., 103.

cobran importancia las impresiones y las sensaciones como único contenido de sus conciencias.

Al no haberle dado valor a la "sensibilidad", el europeo es arrastrado por el vértigo de la pluralidad de las impresiones sobre la conciencia. Al haber renunciado a la construcción de su espíritu, sólo le queda la disgregación y el caos (25).

La disolución de la concepción de "persona" en Occidente supone la muerte de sus ideales y sus mitos, la muerte de la fuerza y vitalidad de toda una civilización. Sólo nos queda el desengaño: "Il n'est pas d'idéal auquel nous puissions nous sacrifier, car de tous nous connaissons les mensonges, nous qui ne savons point ce qu'est la vérité". "Europe, gran cimetière où ne dorment que des conquérants morts et dont la tristesse devient plus profonde en separant de leurs noms illustres, tu ne laisses autour de moi qu'un horizon nu et le miroir qu'apporte le désespoir, vieux maître de la solitude" (26).

De aquí que Ling encuentre, en las gentes y en nuestras obras de arte, la angustia (27), sentimiento que embargará fundamentalmente a los personajes de "La Condition humaine".

La "angustia" es la manifestación del "absurdo esencial" con que se encuentra la persona al haber roto con el mundo y consigo mismo. No nos extrañará que los personajes novelescos de Malraux conviertan su conciencia en sensaciones, la narración en una sucesión de percepciones y el mundo, habiendo perdido su coherencia, sea una realidad ciega, sentida como fatalidad o destino.

El concepto de "persona" malrauxiano se caracteriza, pues, por la separación entre yo y actos, entre conciencia y acción; los personajes de su novela "La Condition humaine", lo manifiestan por el sentimiento de extrañeza que arranca de la distancia entre su yo y sus actos. Así Clappique se encuentra ante una doble personalidad: la ficticia forjada por su imaginación y la real que tiende a aparecer en cada momento, fundada en el dolor y en la soledad; un día, ante el espejo, descubre su verdadero rostro, real y trágico (28). Ferral, prototipo de hombre occidental, intenta la identificación con su acción, con su voluntad; para él, "un hombre es la suma de sus actos". Su fracaso arranca de la lejanía entre voluntad y acción; no logra la posesión erótica de Valerie, ni el triunfo de sus empresas políticas.

Donde Malraux desarrolla con más claridad la quiebra interior que sufren los personajes, es al presentarnos a Kyo. Este personaje vive preocupado por su propio desconocimiento; este pensamiento se le hace obsesivo

(25) o. c., 183.

(26) o. c., 216 y 217.

(27) o. c., 36 y 47.

(28) Malraux, A., "Romans" B. de la Pléiade. París, 1966. págs. 372-3.

cuando no reconoce su voz en el fonógrafo y los demás la reconocen. Descubre que él no es para sí lo que es para los demás y que tanto se desconoce a sí mismo que no llega a reconocerse ante un espejo (29).

La escena del fonógrafo (30) viene a descubrirle a Kyo que el conocimiento de sí mismo sólo puede llegar por los demás. Para ellos el individuo es sus actos: "Pour les autres, je suis ce que j'ai fait" (31).

La diferencia radical entre el conocimiento que tiene de sí y el que tienen, de él, los demás, le conduce a la consideración de su total soledad: "Il y retrouvait l'angoisse, et se souvint des disques: "On entend la voix des autres avec ses oreilles, la sienne avec la gorge". Oui. Sa vie aussi, on l'entend avec la gorge, et celle des autres?... Il y avait d'abord la solitude, la solitude immuable derrière la multitude mortelle" (32).

Se encuentra con la dualidad del ser para sí y el ser para otro. Para el otro, el hombre es sus actos y para sí, "pour moi, pour la gorge, que suis-je? Une espèce d'affirmation de fou: une intensité plus grande que celle de tout le reste" (33).

Kyo descubre una profunda quiebra en su personalidad que marca el comienzo de un proceso de transformación del personaje. Hasta ahora "individuo", en la concepción occidental equivalía a conciencia y actos. El proceso de disolución de la persona, que analizábamos en "La Tentation de l'Occident", se traduce en esta dualidad que descubre en sí el personaje novelesco. Kyo se encuentra ante el dilema de reconocerse en sus actos o en su conciencia, ya que considera estos dos elementos como irreductibles.

Para Albérès, nuestro siglo se ha lanzado a una búsqueda de la sinceridad que "le ha llevado a disolver la noción clásica de "personalidad" (34).

En la obra narrativa de Malraux es donde se manifiesta con más fuerza esta quiebra interior de los personajes, e inicia un proceso que se desarrollará en los personajes de Camus y Sartre. En el tema, tan del gusto de Malraux, de la distinción entre lo que el individuo es para sí y lo que es para los demás, encontramos embrionariamente el "ser-en sí" y el "ser-

(29) o. c., pág. 210.

(30) o. c., v. pág. 190.

(31) o. c., pág. 218.

(32) o. c., 218.

(33) o. c., 218.

(34) "Les hommes traqués", París, 1953, pág. 20. Junto a la explicación filológica señalada por Malraux respecto a la disolución del individuo, podemos tener en cuenta otra explicación socioeconómica: cuando "el individualismo ha sido llamado a desaparecer por la transformación de la vida económica y el reemplazamiento de la economía de libre concurrencia por una economía de "cartels" y monopolios (...), asistimos a una transformación paralela de la forma novelesca que acaba en la disolución progresiva y la desaparición del personaje individual". Goldmann, "Introduction aux problèmes d'une sociologie du roman" en "Revue de l'Institut de Sociologie", 1963 —2, Bruselas, pág. 239.— v. tb. Priestley, "La Littérature et l'homme d'Occident", París, 1963, pág. 530.

para-sí, punto de partida del pensamiento de Sartre, y el doble plano, inocente “para sí” y culpable “para los demás”, sobre el que se monta el personaje Meursault en “L’Etranger”.

Está fuera de nuestras pretensiones, en este momento, explicar la influencia de los personajes de Malraux en los escritores de los años siguientes; sólo he pretendido mostrar cómo el concepto de persona de un escritor nos da los elementos sobre los que se montan sus personajes novelescos, y cómo la novela de nuestro tiempo se ilumina acudiendo a las formas o a la crisis del pensamiento contemporáneo.